

Diego Uribe

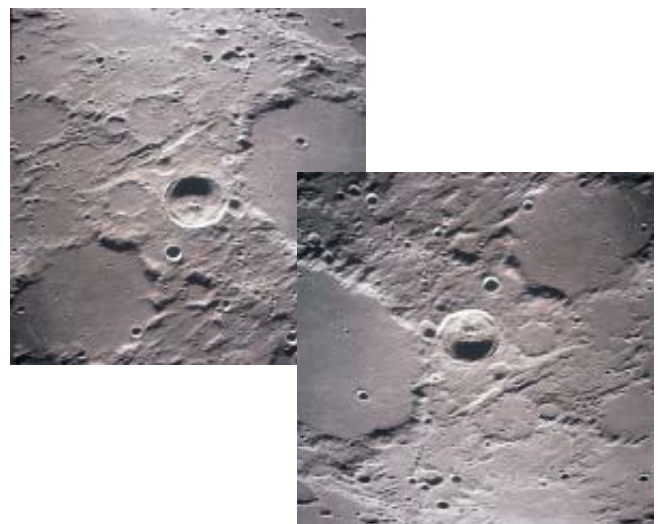
Atardecer de un día asoleado



Hay un momento del día en que la luz adquiere una cualidad especial. El sol se encuentra muy bajo sobre el horizonte y sus rayos golpean frontalmente los edificios, que se recortan contra el fondo ya casi oscuro como iluminados por una luz propia. Los fotógrafos lo saben y lo aprovechan para disparar sus cámaras. El resultado es irreal, casi mágico.

Sin embargo, ¿qué puede tener de especial un espectáculo que se repite dos veces (aunque uno no suele estar en condiciones de apreciar los amaneceres) por día asoleado? De alguna manera la calidad excepcional de esta luz parece estar programada, por omisión, en nuestro sistema nervioso. El hombre evolucionó en un mundo donde la luz viene principalmente desde arriba y considera normal esta situación, tal vez porque, en la época en que nuestros antepasados estaban más del lado de las presas que del de los predadores, las salidas y puestas del sol transcurrían más en la protección

del refugio que en la contemplación estética de la naturaleza. Entonces, la luz que no viene de arriba nos resulta tan extraordinaria que toda película de terror tiene, en un momento u otro, una terrorífica cara iluminada desde abajo. Hay una conocida ilusión óptica que confirma cómo



actúa sobre nosotros la posición de la luz. Una foto de la superficie de la Luna la muestra cubierta de cráteres, pero si se da vuelta la foto, los cráteres se convierten en montañas. Ante la opción de seguir viendo huecos iluminados des-

de abajo o promontorios iluminados desde arriba, nuestra percepción elije lo segundo.

Hay algo más, y para descubrirlo basta con resolver un acertijo: ¿Qué tiene que ver la última figura con la mala suerte?

